

HOTEL EN EL ESPACIO

Habitación
con (qué) vistas

Una empresa de arquitectura de Barcelona y un grupo de ingenieros aeronáuticos de Florida han desarrollado un prototipo de habitación de hotel espacial, bautizado como Galactic Suite, para que los turistas y astronautas que se decidan a viajar al espacio ten-

gan un sitio donde alojarse. El hotel tiene aspecto de racimo de uvas y de un núcleo central similar a un satélite salen las habitaciones en forma de cápsula y con un gran ventanal para contemplar el exterior. Las estancias tienen siete metros de largo por cuatro

de alto y en el interior, sin ángulos ni líneas rectas, solo hay unas protuberancias en el perímetro para que el usuario se acople a ellas para comer, dormir o mirar el espacio a través de los grandes ventanales, para flotar en libertad observando el exterior.

Aventura | Ana Bru se convertirá el año que viene en la primera española en viajar al espacio. Lo hará de la mano de Virgin Galactic y defiende a capa y espada estas excursiones suborbitales, aptas, dice, para cualquier persona

“Es un sueño, no un capricho”

Ana Bru tiene muy claro lo que quiere en esta vida. Básicamente, estar en sitios donde no es fácil llegar. Visitar lugares remotos. Experimentar. Quizá por ello se haya apuntado sin pensarlo a la que será su próxima gran aventura, que le llevará a convertirse en la primera mujer española que haga un viaje suborbital. Un vuelo de dos horas y media que incluye cuatro minutos de ingravidez, a 110 kilómetros de altura, con vistas a la Tierra.

Esta catalana de 46 años es la directora de la agencia de viajes Bru & Bru, elegida por Virgin Galactic como la única que puede comercializar sus vuelos suborbitales en España. Richard Branson, su multimillonario propietario, confió en una empresa dedicada a ofrecer a sus clientes vacaciones exclusivas e irrepetibles. Y como ella misma dice, nunca recomendaría nada que no haya experimentado antes. Así que, si hay que vender viajes al espacio, primero habrá que irse a él.

“Viajar al espacio es una gran experiencia. Desde el día en que me apunté ya estoy ilusionada con el proyecto”, explica Bru. Su ilusión no se la quita ni el hecho de que ha tenido que desembolsar la friolera de 200.000 dólares (140.000 euros) para darse el gustazo. El precio incluye el entrenamiento, las pruebas médicas, el vuelo y la estancia en la base, ubicada en California.

Mucha gente pensará que por cuatro minutos de ingravidez no vale la pena pagar tanto, “pero no es solo eso”, se defiende Bru. “El antes y el después también cuentan. Y ver la Tierra desde 110 kiló-



Ana Bru, junto a Richard Branson (izda.) y el ingeniero Burt Rutan, con una maqueta de la WK2. BRU & BRU

metros de altura vale la pena”. Además, niega que los turistas espaciales sean solo ricachones con gustos extravagantes. “El perfil del turista espacial no es superficial. No son pijos ni caprichosos. Este es su sueño”, asegura. “Cualquier persona sana y entrenada debería probarlo”, añade.

Lo primero, la seguridad

Ana Bru viajará el año que viene, en una fecha aún por determinar. “La seguridad es lo primero, pero se están cumpliendo los plazos previstos”, explica Bru despegará del aeropuerto espacial de Mojave (California) como la pasajera

número 151, e irá acompañada por otras cinco personas y dos pilotos.

Antes de despegar, todos los pasajeros deberán ponerse en forma y pasar por un entrenamiento teórico y práctico en el mismo aeropuerto. “El simulador te da una idea de qué se siente. Cuando me bajé de él y puse el pie en el suelo, supe que era capaz de hacerlo, que quería ser pionera en esto”, explica Ana Bru. Otros están a la expectativa, esperando ver cómo resultan los primeros viajes para decidirse a experimentarlo por ellos mismos. “Ya tenemos 12 reservas en firme y muchas personas inte-

resadas”, asegura, al tiempo que anuncia que la suya es la agencia que más vuelos ha vendido ya en toda Europa. “Richard Branson está entusiasmado”, dice.

En unos años, estos viajes suborbitales podrían servir para acortar tiempos de vuelo en aviones comerciales. “Viajar de Londres a Sydney lleva 22 horas, pero con un aparato adaptado sería posible salir al espacio, esperar una hora a que la tierra rote, y volver a bajar sobre el punto de destino”, dice Ana Bru. ¿Londres-Sydney en solo una hora? Definitivamente, esto es el futuro.

E. R. D.

DE UN VISTAZO

■ **Despegue.** La aeronave White Knight 2 (WK2), acoplada a la Space Ship 2 (SS2), alcanza una altitud de 50.000 pies (15,24 kilómetros) tras 45 minutos de vuelo.

■ **Tres veces la velocidad del sonido.** La WK2 se separa de la SS2, que es propulsada por su propio motor hasta alcanzar la velocidad Mach 3 (4.000 kilómetros por hora, tres veces la velocidad del sonido).

■ **Próxima parada: a 110 kilómetros de altura.** La SS2 alcanza en 90 segundos una altitud de 360.888 pies (110 kilómetros).

■ **Ingravidez.** Los motores se paran, ya en el espacio suborbital, y los pasajeros tienen cuatro minutos para disfrutar de la ingravidez y contemplar la Tierra. La SS2 se prepara para regresar y pone sus alas en posición vertical.

■ **Regreso.** La reentrada en la atmósfera dura 90 segundos. En ella se alcanza una fuerza de gravedad de 6GZ. La sensación equivale a seis veces el peso de una persona en la Tierra. Si un pasajero pesa 60 kilos, en ese momento se sentiría como de 360. A 80.000 pies de altura, las alas del SS2 se despliegan y, tras 45 minutos de vuelo, aterriza.

LOS PASAJEROS

■ Mayor de edad y saludable.

El perfil requerido es el de una persona mayor de edad que se someterá a pruebas médicas y un entrenamiento específico antes de comenzar el vuelo.

LA FRASE

“Ver la Tierra a 110 kilómetros de altura merece la pena”

ANA BRU
Directora de la agencia Bru & Bru y futura pasajera espacial

EL EXPERTO | Juan Pons*

Astronautas por una semana

Ya está aquí el turismo espacial... para los que puedan pagar 30 millones de dólares. Y es que, a golpe de talonario, los multimillonarios pueden convertirse en astronautas por una semana. Pero no nos llevemos las manos a la cabeza. Recordemos que también abonaron precios escandalosos los primeros viajeros de los dirigibles zeppelin y de los hidroaviones que cubrían las rutas entre Europa y Estados Unidos, allá por los años 20 y 30.

En el ámbito espacial también han surgido compañías de bajo coste o ‘low-cost’, al igual que en el campo de las líneas aéreas. Una de ellas es Virgin Galactic, la sociedad de vuelos espaciales creada por el sagaz empresario británico Richard Branson, el propietario de la discográfica Virgin y de la línea aérea del mismo nombre.

Un billete al espacio con Virgin Galactic costará 200.000 dólares, como mínimo. Una ganga, si se compara con los 30 millones de dólares que, al parecer, ha tenido que pagar a la Agencia Espacial de Rusia el magnate norteamericano de los videojuegos Richard Allen Garriott. Está previsto que hoy viaje en una cápsula Soyuz hasta la Estación Espacial Internacional, colgada a 399 kilómetros sobre nuestras cabezas.

Ante tal derroche de dinero, el hecho de gastar unos 200.000 dólares por volar en un mini transbordador, rebasar la atmósfera terrestre, ascender hasta los 100 kilómetros, disfrutar de la visión de la curvatura de la Tierra, de la oscuridad del cosmos y, además, sentir durante cuatro minutos y medio los efectos de la ingravidez, no cabe duda de que es un buen precio. Pero, ¿qué quieren que les diga? Será para quienes se lo puedan permitir.

Por contra, hay que tener en cuenta que estos privilegiados turistas espaciales no alcanzarán la altura necesaria para entrar en órbita y dar vueltas alrededor de la Tierra. Lo que harán será un vuelo suborbital, es decir, subir y bajar en unas dos horas. Aun así, Virgin Galactic asegura que 254 personas de todo el mundo ya han reservado una plaza en su lanzadera Space Ship 2, y que cada uno de ellas ya ha abonado más de 100.000 dólares en concepto de señal.

Los últimos estudios de prospectiva sobre turismo es-

pacial privado indican que cerca de 100.000 aventureros natos de todo el mundo tienen el interés y el dinero para hacer un vuelo suborbital en los próximos años. Ante estos datos, Branson ya está terminando de construir las infraestructuras del puerto espacial América, junto al aeropuerto Las Cruces, en el estado norteamericano de Nuevo México. Desde allí, sus mini lanzaderas despegarán “a partir de principios de 2009”, dice el multimillonario.

Al ritmo que avanza la tecnología, no hay que ser un lince para aventurar que, a finales del presente siglo, los viajes al espacio muy posiblemente se habrán convertido en una rutina. Pero, por el momento, un vuelo suborbital no es como un viaje en ferrocarril o autocar, y ni tan siquiera como un vuelo en avión. Entraña sus riesgos.

En una conversación que mantuve hace unos meses con el director del Instituto de Medicina Aeroespacial de Estados Unidos, este me aseguró que “muchas personas pondrían en peligro su salud, e incluso su vida, si sufrieran las aceleraciones y la tensión que genera un lanzamiento y una reentrada en la atmósfera terrestre”. Las investigaciones en medicina aeroespacial nos dirán cómo evitarlo.

* Responsable de la sección Espacio de la revista “Avión Revue Internacional” y presidente de la Asociación Aragonesa de Amigos de la Aeronáutica y la Astronáutica